

SERMON

PARA LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.

SOBRE LA FELICIDAD DE LOS JUSTOS.

Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

MATTH. 5, v. 5.

SEÑOR:

Si como es Jesucristo quien habla con vuestra majestad hablara el mundo, no usaria de este estilo.

Feliz el príncipe, os diria, que nunca peleó sino para vencer, que nunca vió un gran número de potencias coligadas contra sí sino para concederlas una paz mas gloriosa, y que siempre fué mayor que el peligro ó que la victoria.

Feliz el príncipe que en el discurso de un reinado largo y floreciente, goza en paz los frutos de su gloria, el amor de sus pueblos, el respeto de sus enemigos, la admiración del universo, la utilidad de sus conquistas, la magnificencia de sus obras, la sabiduría de sus leyes, la augusta esperanza de una numerosa sucesión, y que solo le queda que desear el conservar por mucho tiempo lo que posee.

De este modo hablaría el mundo; pero señor, Jesucristo no habla de este modo.

Feliz, os dice, no el que es la admiración de su siglo, sino el que principalmente se ocupa en el siglo venidero, y que vive despreciándose á sí mismo y á todo lo presente, porque de este será el reino de los cielos. *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum caelorum.*¹

Feliz no aquel cuya historia hará que eternamente viva su reinado y sus acciones en la memoria de los hombres, sino aquel cuyas lágrimas borrarán de la memoria del mismo Dios la historia de sus pecados, porque este será eternamente consolado. *Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur.*²

Feliz no aquel que con nuevas conquistas habrá extendido los límites de su imperio, sino aquel que habrá sabido contener sus deseos y pasiones dentro de los términos de la ley de Dios, porque este poseerá una tierra mas durable que el imperio del universo. *Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram.*³

Feliz no aquel que exaltado por la voz de sus pueblos sobre los príncipes sus predecesores, goza tranquilamente de su grandeza y de su gloria, sino aquel que no hallando

1 Matth. 5. v. 5.

2 Ibid. v. 5.

3 Matth. 5. v. 4.

aun en el trono cosa alguna que sea digna de su corazón, solo busca en la tierra la perfecta felicidad, que consiste en la virtud y en la justicia, porque este se verá satisfecho. *Beati qui esuriunt, et sitiunt justitiam, quoniam ipsi saturabuntur.*¹

Feliz no aquel á quien los hombres dieron los gloriosos títulos de grande é invencible, sino aquel á quien los pobres, en la presencia de Jesucristo, darán el título de padre y de misericordioso, porque este será tratado con misericordia. *Beati misericordes, quoniam ipsi misericordiam consequentur.*²

Feliz, finalmente, no el que árbitro siempre de la fortuna de sus enemigos ha dado muchas veces la paz á la tierra, sino el que ha podido dársela á sí mismo, y desterrar de su corazón los vicios y afectos desarreglados que turban la tranquilidad, porque este será llamado hijo de Dios. *Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur.*³

Estos son, señor, á los que Jesucristo llama bienaventurados, y el Evangelio no conoce mas felicidad en la tierra que la inocencia y la virtud.

¡Oh gran Dios! no consiste la prosperidad del mayor de los reyes en las incomparables felicidades con que habeis favorecido su reinado. Es verdad que por ellas es grande; pero no consiste en ellas su felicidad; ésta empezó por su piedad; lo que no santifica al hombre no le puede hacer dichoso. Cuanto se halla en el corazón del hombre, no siendo vos, ¡oh Dios mio! son falsos bienes que le dejan vacío, ó verdaderos males que le llenan de inquietud, y una conciencia pura es la única raíz de las verdaderas felicidades.

1 Ibid. v. 6.

2 Ibid. v. 7.

3 Ibid. v. 9.

A esta verdad reduce hoy, católicos, la Iglesia nuestra madre todo el fruto de la solemnidad que nos propone. Como el mundo está en el error de que la vida de los santos fué triste y desagradable, se vale principalmente de este artificio para impedirnos que los imitemos; pero la Iglesia, renovando hoy su memoria, nos acuerda á un mismo tiempo que no solo gozaron de una felicidad inmortal en el cielo, sino tambien que solo ellos fueron felices en la tierra. *Beati etc.* Que el que encierra en su corazon la iniquidad, siempre está acompañado de la turbacion y del miedo, y que aun en este mundo es infinitamente mas suave y tranquila la suerte de los buenos que la de los pecadores.

¿Pero en qué consiste la felicidad de los justos en esta vida? Consiste en manifestar la verdad oculta á los sábios del mundo, y en gozar del deleite de la caridad, el que está negado á los amadores del mundo. Consiste en las luces de la fe, que suavizan todas las penas del alma fiel y hacen mas amargas las del pecador. Este será el primer punto. Y en las dulzuras de la gracia, que calman todas las pasiones y que negándose al corazon corrompido, le dejan entregado á sí mismo. Este será el segundo. Manifestaré estas dos verdades, tan propias para hacer amable la virtud y útiles los ejemplos de los santos. Pero antes de empezar imploremos los auxilios del Espíritu Santo por medio de la intercesion de María. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

La raíz de todos nuestros pesares regularmente consiste en nuestros errores, y solo somos infelices, dice un santo Padre,¹ porque nos equivocamos en el juicio que hacemos

¹ San Ambros.

de los bienes y de los verdaderos males. *Causa laboris ignorantia est.* Los justos que son hijos de la luz son mucho mas felices que los pecadores, porque están mas ilustrados. Las mismas luces que corrigen sus juicios suavizan sus penas, y la fe que les manifiesta el mundo como es en sí, les muda en motivo de consuelo los mismos sucesos en que las almas entregadas á sus pasiones hallan el principio de todas sus inquietudes.

Para daros á conocer, católicos, esta verdad, de la que tanto honor resulta á la virtud, os suplico repareis en que ya sea que una alma movida de Dios se acuerde de lo pasado y de aquellos tiempos de disolucion que precedieron á su penitencia, ya sea que considere lo que actualmente pasa en el mundo á su vista, ya finalmente se ponga á pensar en lo futuro, todo la consuela, todo la confirma en el partido de la virtud que ha abrazado, todo hace que su estado sea infinitamente mas feliz que el del alma que vive entregada al desórden y que en estos tres estados solo halla amarguras y temores secretos.

Porque en primer lugar, por mas entregado que esté un pecador á todos los desórdenes de su corazon, nunca le arastran tanto los deleites presentes que alguna vez no vuelva la vista á aquel cúmulo de años llenos de iniquidad que se van quedando atrás. Aquellos dias de tinieblas que consagró á la disolucion, no han perecido tan absolutamente que no presenten en ciertos tiempos á su memoria ideas importunas que le turban, que le fatigan, que de tiempo en tiempo le despiertan de su letargo, representándole como reunido en un punto el monstruoso cúmulo de delitos, los que no le horrorizaban tanto cuando los cometia, porque entonces solo los veia sucesivamente: se le representan de un golpe las gracias despreciadas, las inspiraciones re-

sistidas, el indigno uso que ha hecho de un natural feliz y formado, segun parece, para la virtud; represéntansele unas flaquezas de que se avergüenza, y unos horribles monstruos á quienes casi no se atreve á mirar.

Esto es lo que detrás de sí deja el pecador, por lo que es infeliz si mira á lo pasado. Toda su felicidad parece está reducida al momento presente, y para ser dichoso es necesario que no piense sino que como los animales mudos, se deje llevar del atractivo de los objetos presentes y que apague y ofusque su razon, si quiere vivir tranquilo. De aquí se siguen aquellas máximas tan indignas de la humanidad y tan comunes en el mundo: que el demasiado talento es un don molesto, que las reflexiones echan á perder los deleites de la vida, y que para ser feliz se ha de pensar muy poco. ¡Oh hombre! ¿te dió acaso el cielo la razon que te ilustra para hacerte infeliz, ó para ayudarte á buscar la verdad, la que solamente puede hacerte dichoso? ¿esta luz divina que adorna tu ser, puede por ventura ser antes castigo que don del Criador? ¿te distinguirás tan gloriosamente con ella de las bestias, solo para ser de peor condicion que ellas?

Católicos, tal es el destino de una alma infiel; la embriaguez, el desórden, la extincion de todo discurso es solamente quien la hace feliz, y como esta situacion solo dura un instante, luego que calma y vuelve en sí el espíritu cesa el deleite, desaparece la felicidad y se halla el hombre solo con su conciencia y sus delitos.

Pero ¡oh Dios mio! ¡y qué distinta es la suerte de una alma que camina segun vuestras leyes! ¡y qué digno es de compasion el mundo que no os conoce! A la verdad, católicos, los pensamientos mas agradables de una alma justa son los que le acuerdan su vida pasada: es cierto que en

ellos ve la parte de su vida que entregó al mundo y á sus pasiones: confieso que esta memoria la cubre de vergüenza en presencia de la santidad de su Dios y la hace derramar lágrimas de compuncion y tristeza; ¡pero qué consuelos no halla en sus lágrimas y en su dolor!

Porque, católicos, una alma que se ha vuelto á Dios no puede acordarse de sus pasados desvíos sin descubrir en ellos la conducta que con ella usó la divina misericordia; los caminos singulares por donde su sabiduría la condujo, como por grados, al instante feliz de su conversion: tantas circunstancias no esperadas de favor, de desgracias, de pérdidas, de muerte, de perfidia, de preferencia y de afliccion, gobernadas todas por una cuidadosa Providencia para facilitarla los medios de romper sus cadenas; aquellos particulares cuidados que Dios usaba con ella, aun cuando seguia los caminos injustos; aquellos disgustos que su bondad la hacia experimentar aun en medio de los placeres; aquellas secretas instancias con que sin cesar la llamaba á su obligacion y á la virtud; la voz interior que en todas partes la seguia, y que no cesaba de decirla, como en otro tiempo á San Agustin: Insensato, ¿hasta cuándo has de andar buscando deleites que no pueden hacerte dichoso? ¿cuándo darás fin á tus inquietudes con tus delitos? ¿Necesitas por ventura mas para desengañarte del mundo, que las mismas molestias y desgracias que experimentas sirviéndole? Haz la prueba de si es mayor bien el ser mio y de si yo soy bastante para el alma que me posee.

Esto es lo que presenta la memoria de lo pasado á una alma conpungida; mira á los cómplices de sus antiguos deleites entregados aún, por la justicia de Dios, á los desórdenes del mundo y de las pasiones, y ella solo escogida, separada y llamada al conocimiento de la verdad.

¡Oh católicos, y cómo llena de paz y de consuelo esta memoria á una alma fiel! En este estado exclama con el profeta: ¡Oh Dios mio, y qué infinitas son vuestras misericordias! Desde el seno de mi madre me acogísteis bajo vuestra proteccion; me habeis seguido muy de cerca en todos mis caminos. ¿Qué es lo que yo he hecho mas que otros pecadores á quienes no os dignásteis abrir los ojos ni manifestar la severidad de vuestros juicios y de vuestra justicia? ¡Oh Dios mio! ¡qué admirables son vuestras obras! ¡y cuán bien conoce mi alma lo que os debe y lo que habeis hecho por ella! *Mirabilia opere tua et anima mea cognoscit nimis.*¹ Esta es la primera felicidad de las almas justas: aun en la memoria de sus pasadas infidelidades las consuela.

Pero en segundo lugar, si la memoria de lo pasado es para ellas un manantial de sólidos consuelos, no consuela menos su piedad lo que á su vista pasa en el mundo; y aquí vereis, católicos, cuán útil es la virtud para la felicidad de la vida, y cómo el mismo mundo que forma á los pecadores todas sus pasiones, y por consiguiente todas sus inquietudes, es el ejercicio mas agradable y que mas consuela la fe de los justos.

A la verdad, fieles, ¿qué es el mundo aun para los mismos mundanos que le aman, que están embriagados con sus placeres y que no pueden vivir sin él? El mundo es una eterna servidumbre en donde ninguno vive para sí y en donde para ser feliz es necesario besar sus cadenas y amar su cautiverio. El mundo es una diaria revolucion de sucesos que unos despues de otros despiertan en el corazon de sus secuaces las mas violentas y mas funestas pasiones, los rencores crueles, las indiferencias odiosas, los temores

¹ Psalm. 138. v. 14.

amargos, los celos que consumen y los pesares que molestan. El mundo es una tierra de maldicion, en la que aun los mismos deleites están llenos de espinas y amargura. El juego cansa con sus furores é inconstancias; las conversaciones molestan con la oposicion de genios y contrariedad de opiniones; las pasiones é inclinaciones pecaminosas tienen sus disgustos, sus contratiempos y sus ruidos desagradables; los espectáculos, no siendo por lo comun los asistentes mas que unas almas torpemente disolutas é incapaces de comoverse sino con los mas horribles excesos del desórden, fastidian, y solo mueven aquellas pasiones delicadas que no hacen mas que manifestar de lejos el delito y poner lazos á la inocencia. Finalmente, es el mundo un lugar en donde aun la misma esperanza, que se mira como una pasion tan halagüeña, hace á todos los hombres desgraciados, en donde aun los que nada esperan se tienen por mas infelices, donde aun lo que agrada nunca agrada mucho tiempo, y donde el enfado es casi siempre el destino mas suave y soportable que de él puede esperarse. Este es el mundo, católicos; y advertid que no hablo del mundo oscuro que no conoce ni los grandes deleites, ni los encantos de la prosperidad, del favor y de la opulencia; hablo del mundo brillante, del mundo de la corte; hablo con vosotros mismos que me escuchais, católicos. Este es el mundo, y no creais que esta es una de aquellas pinturas imaginarias cuyo original en ninguna parte se encuentra; yo pinto al mundo por vuestro corazon, esto es, le pinto del mismo modo que vosotros le conoceis y le experimentais todos los dias.

No obstante, este es el lugar en que todos los pecadores buscan su felicidad, esta es su patria; aquí es donde quisieran eternizarse; este es el mundo que prefieren á los bienes eternos y á todas las promesas de la fe. ¡Oh, gran

Dios! qué justo sois cuando castigais al hombre con sus propias pasiones, permitiendo que ya que no quiere buscar su felicidad en vos, que sois solo la verdadera paz de su corazón, se forme una felicidad fantástica de sus temores, de sus disgustos, de sus molestias y de sus crueles inquietudes!

Pero lo que mas favorece en esto la virtud, católicos, es que este mismo mundo tan molesto y tan insufrible para los pecadores que buscan en él su felicidad, es un motivo de reflexiones que consuelan á los justos, que le miran como destierro y país extraño.

Porque, primeramente, la inconstancia del mundo, tan terrible para los que están entregados á él, ofrece al alma fiel mil motivos de consuelo. Nada le parece constante ni durable en la tierra; ni las mas altas fortunas, ni las mas estrechas amistades, ni la mas brillante fama, ni los mas deseados favores. Ve una soberana sabiduría, que parece se divierte en burlarse de los hombres levantando á unos sobre las ruinas de otros; degradando á los que estaban en lo alto de la rueda, para colocar allí á los que estaban abatidos; pasando la felicidad de todos en un instante, presentando todos los días nuevos héroes en el teatro, y haciendo que se oscurezcan los que el día antes hacian un papel sobresaliente, ofreciendo siempre nuevas escenas al mundo. Ve á los hombres que pasan toda su vida en agitaciones, proyectos y medidas, cuidando siempre ó de engañar ó de no ser engañados; siempre hábiles y prontos para aprovecharse del retiro, de la desgracia ó de la muerte de sus competidores, y en formar de estas grandes lecciones, que debian servirles para despreciar el mundo, nuevos motivos de ambicion y de codicia; ocupados siempre ó en sus temores ó en sus esperanzas; siempre inquietos ó

con lo presente ó con lo que está por venir; nunca tranquilos, trabajando todos por el descanso y siempre apartándose mas de él.

¡Oh hombre! ¿por qué discurre tanto para ser infeliz? Esto es lo que entonces piensa un alma fiel. La felicidad que ésta busca es menos costosa. No es necesario ni atravesar mares ni conquistar reinos; sin salir de sí misma halla su felicidad.

¡Oh católicos! ¿qué suaves le parecen á un hombre virtuoso las amargas de la virtud cuando las compara con los crueles pesares y eternas inquietudes de los pecadores! ¿qué contento está con haber hallado un lugar de reposo y seguridad, mientras que ve á los amadores del mundo tristemente agitados con la violencia de las pasiones, y de las esperanzas humanas! De este modo los israelitas, despues que salieron del Mar Rojo, viendo de lejos á Faraon y á todos los grandes de Egipto, hechos juguete de las olas, gustaban el deleite de su seguridad, tenian por suaves y agradables los caminos del desierto, no sentian su molestia, y comparando su suerte con la de los egipcios, lejos de quejarse y murmurar, cantaban con Moisés aquel cántico de alabanza y accion de gracias en que con tanta magnificencia se celebran las misericordias y maravillas del Señor.

En segundo lugar. La injusticia del mundo, tan cruel para los que le aman cuando se ven olvidados, despreciados y sacrificados á indignos competidores, es un principio fecundo de reflexiones de consuelo para un alma que le desprecia y que solo teme al Señor. Porque ¿qué consuelo ha de tener un pecador que despues de haber sacrificado al mundo y á sus señores su reposo, su conciencia, sus bienes, su mocedad y su salud, sin haber tenido mas recompensa que desprecios, fatigas, abatimientos y frívolas es-